

El té de la tarde en la *Pembroke Table* del jardín inglés de los señores Austen

José Luis Caramés Lage

A mi mujer, Janet Elizabeth Saddler.

Steventon era una aldea rural con menos de trescientos habitantes del norte de Hampshire en la Inglaterra del año 1800. Se comunicaba con Londres por medio de una diligencia que iba y venía dos veces al día hasta la capital. Desde joven, Jane se aficionó a caminar y lo hacía hasta Popham Lane para recoger el correo de la familia. Un viejo limonero vigilaba lo que allí sucedía y una iglesia del siglo XII reunía a la gente del lugar y de los alrededores en la que oficiaba el pastor anglicano, el padre de Jane, y en donde se habían enterrado desde hacía tiempo a algunos feligreses que de viejos abandonaban aquellos lugares.

A la tranquilidad del pequeño jardín de detrás de la rectoría no había llegado la noticia de la invasión de Italia por el ejército de Napoleón, después de cruzar el Gran San Bernardo y ocupar Milán. Jane se preparaba para recibir la visita de sus cuatro convidadas y de romper con el tiempo histórico en un alarde de juntar la inteligencia de aquellas amigas que estaban en el proceso de llegar al mundo como seres creativos inolvidables históricamente. El tiempo se había hecho bastante intemporal en la rectoría y desde el pequeño jardín de la parte de atrás de la casona se podía ver el campo verde oscuro, los árboles que se decían milenarios y algunas cercas que se abrían para dar paso a alguna carroza negra que podía circular por caminos de tierra robados a la hierba más verde y oscura por los corrosivos andares de las ruedas de madera y hierro, y a caminantes que trabajaban en las tierras o en las casas de la burguesía rural que rodeaban la rectoría guardando aún mucha distancia entre sí. Desde la ventana del primer piso en el que vivía en su habitación con su hermana Casandra, Jane podía ver desde una de las ventanas

colocadas en la fachada plana de la rectoría, algunas vacas blancas con pintas negras pastando con demasiada tranquilidad en el fondo del valle en donde no se oía ni el ruido de los rumiantes.

La rectoría parecía haber estirado para meter dentro al matrimonio Austen y a sus ocho hijos. En la entrada había un *hall* bastante amplio desde donde se podía ir a un estudio, en donde el pastor trabajaba en sus obligaciones del cargo; una sala comedor y de estar en donde se reunían para cenar y en donde podían jugar los niños al lado de la chimenea, que se encendía con tacos de madera bien cortados y secos en los días de mucho frío de diciembre y enero; una cocina amplia en la que había que preparar desayunos y cenas para diez personas; un cuarto de baño y un retrete separados y bastante modernos. En el piso de arriba había siete habitaciones: tres de ellas con ventanas que daban a la parte de delante de la rectoría en donde había un jardín adaptado al edificio con plantas en libertad, es decir, con accidentes del terreno irregular natural con algunos árboles, pocas sendas para el caminante, y un sentido de la naturaleza moderadamente salvaje que se compensaba con arriates de plantas al pie de los árboles más altos, con dalias; rosas blancas y aromáticas, y algunos macizos silvestres que poseían cierto sentido bucólico como si alguna vieja orden druida hubiese pasado por el pequeño valle y proporcionase al lugar de abundante piedra, lluvia y agua, además de mucho verde, a veces demasiado oscuro, en el que sobresalían macizos de flores naturales entre los senderos. En esas tres habitaciones vivían los padres, George y Casandra; las dos hermanas Casandra y Jane y en la de la izquierda los dos hermanos mayores: James y Henry. En las cuatro habitaciones que daban para la parte de atrás de la casa dormían los cuatro hermanos restantes, dos en cada una, dejando dos habitaciones libres. En la primera, entendida por todos como el estudio de Jane, había un buró de madera muy fina y bien barnizada, lleno de cajones secretos y huecos en donde cabían papeles enrollados y algunas plumas para escribir, tinteros y objetos que iban quedando para que el tiempo pasase por ellos, recogiendo polvo e historia. Su madera era de boj, de color amarillo muy oscuro, textura fina y uniforme; agamuzado y hecho por algún ebanista de la escuela de Hepplewhite, al menos eso se decía en familia. Allí, en aquel escritorio sin persiana, que tenía una vitrina en su parte superior, se encerraban con llave algunos libros bien colocados en cuatro estantes. Una silla de roble barnizada de color muy oscuro, casi negro, con brazos, y forrada de terciopelo azul oscuro ayudaba a escribir a Jane de una manera muy cómoda. Al lado del buró, un cuadro de una mujer con un niño parecía inspirar a la escritora en la idea de las relaciones de familia. Debajo del cuadro, otra silla se colocaba cerca de un aparador de madera oscura, quizás de castaño del sur de Inglaterra, de color marrón claro en sus inicios y con anillos de crecimiento visibles, que lo hacía parecerse al roble, en donde se ponían objetos y recuerdos de algún acontecimiento pasado. Su madera era suave, tenaz, flexible y de dureza media, algunas veces la misma Jane pasaba sus dedos por encima, fácil de trabajar y rentable. A la derecha del aparador un sillón forrado en blanco esperaba a que su hermana Casandra se dejase ver para leer unas páginas de su novela, o para hacerle alguna confidencia sobre ese novio que se encontraba viajando. Las habitaciones tenían dos camas con bolas de cobre en sus extremos, buenas mantas y colchas de diferentes colores. La de Jane era verde y la de su hermana azul oscuro. Entre las dos primeras habitaciones que daban al jardín posterior había un baño que se utilizaba casi siempre y solo por la noche.

La última habitación hacía de biblioteca de estilo Sheraton sencillo y de gran utilidad, en la que se podían encontrar unos cuatrocientos libros. En el centro y encima de una alfombra de colores mates un poco oscurecida habían colocado una mesa plana y simple, de líneas rectas y tablero rectangular; patas altas, delgadas y verticales que sostenían siempre algunos libros a los que había que volver a colocar en su estantería. Al lado de la mesa grande se encontraba una mesa más pequeña de esas que se denominan de librería de forma redonda, forrada de piel y con cajones. En ellos había papel para escribir, dos tinteros y algunas plumillas. Alrededor de la mesa principal se habían colocado seis sillas con el asiento de madera visible, es decir, sin tapicería alguna, y con el travesaño superior del respaldo recto. Las maderas que allí se habían juntado eran de caoba y limoncillo. La caoba procedía de América, quizás de Cuba, y se había utilizado como taracea o marquetería para dar revestimiento a las mesas que allí había. En general la madera de aquella habitación era de limoncillo, muy dura, fácil de trabajar y que había perdido su color amarillento claro inicial para volverse oscura a base de un gran pulimento y bastante barniz. En la biblioteca la familia se encontraba en silencio, y algunas veces entre risitas muy calladas y un poco tontas cuando se miraban alguno de los hermanos fijamente o a alguien le caía el libro que tenía mal colocado en el extremo de la mesa. Desde la ventana de la biblioteca se veía el jardín de la parte de atrás de la rectoría en el que sobresalía su pórtico enrejado y algunas lilas, rosas rojas y blancas y bastantes hierbajos que parecían hacer figuras móviles para bailar entre ellos.

A la izquierda de la rectoría había un regadío cultivado por los señores Austen. En él habían plantado patatas y unas matas de fresas que daban sus frutos en el mes de junio. Además, se podía pasear a través de él por medio de un par de caminos que surgían al cortar el césped muy al raso de la tierra, lugar en donde tanto Jane como su hermana Casandra habían jugado a tirarse haciendo la croqueta y perseguidas por sus hermanos. En el regadío había un casetón en el que se guardaba el carricoche, y en donde en el invierno los hermanos hacían representaciones teatrales al atardecer para hacer reír a la familia. Al final del regadío y haciendo de divisoria con otras propiedades, se levantaban grandes castaños, abetos y olmos que pertenecían a la rectoría y parecían guardarla de lejos. Lo que si hacían era salvar a la casona de vientos violentos que venían de aquel lado, algo que ya les había costado heridas y dobleces a alguno de aquellos árboles guardianes.

Toda la familia hacía bastante vida social en Steventon. Esta actividad social inspiraba a Jane para utilizar a sus amigos como posibles modelos literarios. Por ello, muchos de los conocidos durante los veinticinco años que vivió en el lugar siguieron siendo sus amigos que, como se sabe, fueron apareciendo en sus novelas *La Abadía de Northanger*, *Sentido y Sensibilidad* y *Orgullo y Prejuicio*. Los lugares de reunión estaban preparados para que las clases sociales más distinguidas se juntasen. La entrada era para los dos sexos y los sitios estaban indicados como lugares de entretenimiento en donde se celebraban bailes de máscaras, bailes convencionales, conciertos, reuniones y tertulias en salones que se usaban para buscar pareja y matrimonio. Y, en el caso de la familia Austen, salones para lograr pareja y casarse dentro de la alta burguesía agrícola. Los hermanos se desplazaban hasta Basingstoke para asistir a tales acontecimientos. Además, las dos hermanas, algunas veces con su madre, salían de compras por los alrededores de Steventon, sobre todo por Andover, Alton, Withchurch y el mismo Basingstoke. Por supuesto que

también asistían a todos los oficios que su padre celebraba en la Iglesia de San Nicolás del siglo XII, lugar de encuentro menos emocional que los salones, pero en donde se podría conversar con la gente más próxima.

Jane leía libros de historia y de letras, sermones y libros de viajes, así como periódicos como *El Espectador* y volúmenes acerca de materias de interés contemporáneo sobre temas religiosos y, algo menos, políticos. Además, leía a William Shakespeare, ¡quién no! Y a dramaturgos del siglo XVIII a los que veía representados en sus visitas a Londres en los teatros de la ciudad. Además, leía asiduamente a la poesía del Dr. Johnson. De todas formas, y a fuer de sinceros, lo que leía Jane era novela, y sobre todo, la prosa de Samuel Richardson y Henry Fielding. Este último autor le gustaba por su ingenio, aunque lo criticaba debido a su utilización de una baja escala de las cualidades morales de sus personajes, como era el caso de Tom Jones, capaz de manipular a la voz del autor hasta llevarlo al mundo del estilo indirecto, por otro lado, tan agradable para la propia Jane. Nuestra joven novelista encontró en Fielding el ingenio y la parodia, utensilios que le sirvieron para ejercitar su prosa y crear sus personajes.

Por otro lado, Samuel Richardson fue el maestro de la ficción epistolar, aproximación literaria un tanto claustrofóbica, pero que servía para introducirse en la subjetividad de los personajes que formaban parte de la aristocracia rural y la alta burguesía campesina. Esto puede verse muy bien en sus novelas *Pamela*, *Clarissa* y en *Sir Charles Granddison* en las que Jane halló las formas cómicas y trágicas de escribir, así como cierta obsesión en la subjetividad de los personajes que escriben cartas a todo lo que les rodea, quizás con la intención de dar identidad y consistencia a los caracteres.

Jane había colocado debajo del pórtico una *Pembroke Table* con el tablero superior dividido en tres partes. Las dos externas las había estirado, iban a ser cinco para el té, calzando bien sus patas, después de haber sacado el polvo con una gamuza por la zona central de la mesa en la que había dos gavetas. La mesa era fácil de transportar, lo habían hecho entre Casandra y ella. También habían colocado dos sillones estilo Adam de medallón, con respaldo oval, forrado de tela azul oscura y con los asientos tapizados del mismo color, y tres sillas más austeras de calado con adornos de lira y el asiento de rejilla sobre los que las dos hermanas habían colocado tres cojines de lana forrados de terciopelo azul que sacaban en las grandes ocasiones, y aquella lo era. Las patas de las sillas eran acanaladas y las traseras dobladas hacía fuera lo que impedía que se moviesen por sí solas debido a algún peso de más.

Las dos hermanas pidieron permiso a su madre para utilizar el mantel que le había regalado toda la familia Leigh como parte de su ajuar el día de su boda. Era un mantel para tomar té de seda bordada con puntadas de satén de doble cara en el que se habían utilizado hilos de plata y seda; lo habían comprado a un anticuario chino que poseía una tienda de cosas carísimas y bellísimas cerca de Londres. Además, el juego de té que usaron para recibir a las amigas de Jane era todo de plata: la tetera, el cuenco para la nata y para la mermelada de naranja muy agria, las cucharillas, los tenedores y cuchillos pequeños. Los demás utensilios, es decir, las tazas con sus platillos, las fuentes para poner los bollos, los sándwiches cortados en cuatro y los pastelillos eran de porcelana china transparente de color rosada y estilo isabelino con unos dibujos en rasgos azul añil.

Todo estaba preparado a las cinco menos cuarto y solamente el agua para el té aún no hervía, cuando todo lo demás había sido colocado en la *Pembroke Table* con todo esmero y paciencia.

Jane se había arreglado a conciencia y se había puesto su traje azul más cuidado y menos usado. Era un vestido estilo imperio que se llevaba al final de la década de los años 1790 en el que aparecía una especie de camisa por encima del pecho y hasta el cuello en donde se doblaba dejándolo un poco al aire. Era de muselina y encima de la cintura había puesto una faja ancha de color negro. El volumen de la falda era grande y parecía lleno. Sus zapatos con un poco de tacón eran de un color gris pálido. Llevaba un sombrero sencillo que una señorita casadera podía usar dentro de casa con otra franja negra que parecía dividirlo en dos. La cara despejada y el pelo negro saliéndole del sombrero, un poco despeinado o arreglado así con intención de darle un toque improvisado a su presencia.

A las cinco en punto llegó Ann Radcliffe, de soltera Ward, vestida con una clara influencia gótica que tan bien le quedaba. Su vestido era de una línea que se saltaba las purezas clásicas. El corpiño bien asentado y artesonado, aunque un poco flojo, ya no se llevaba tan apretado y estrecho; los hombros anchos y los toques del vestido de color negro mezclaban ensanches tudor y una decoración isabelina. Los adornos, no muy copiosos, le otorgaban a la escritora cierto esteticismo en un porte que exageraba algo los plisados de la falda. Era una línea pura gótica de las que duran en la historia.

—¿Cómo está usted Sra. Radcliffe? —preguntó con su mejor sonrisa Jane, que se había levantado de uno de los dos silloncitos que había alrededor de la mesa.

—Muy bien. Gracias. Pero, por favor, llámeme Ann —respondió la señora.

—Gracias por aceptar mi invitación y por venir hasta aquí —dijo Jane.

—No ha sido ninguna molestia. Me ha traído mi marido en la calesa y me esperará hasta las siete, al atardecer, para volver juntos —señaló la Sra. Radcliffe.

—Tenemos que esperar por las otras amigas. Pero, por favor, siéntese en este silloncito, estará cómoda —afirmó con una sonrisa un poco miedosa Jane.

A los pocos minutos llegaron juntas Emily Jane Brontë y George Eliot. Emily parecía un poco asustada y muy joven. Mary Anne Evans, que así se llamaba George Eliot, era la calma y la madurez personificadas. Emily llevaba un vestido verde claro con el escote bajo ovalado abierto hasta cierto punto y para la tarde, y un corpiño estrecho conectado a una falda separada. Tenía cierto sentido clásico aunque en ella parecía un traje popular modesto. Debajo del vestido llevaba una camiseta con cerraduras de lado que aumentaba su modestia. El pelo se sujetaba con un gorro de fieltro. Mary Ann Evans llevaba puesta con mucha clase una camisa blanca de muselina que parecía una tela de césped bordada, muy limpia, rozando lo prístino, y un traje negro de terciopelo de otoño que hacía sobresaltar a su pelo pelirrojo en melena tupida y sin adornos, ni sombrero alguno. Sus zapatos eran también negros y de poco tacón. No llevaba aderezo alguno, y sonreía todo el tiempo con un gesto de conocer las relaciones sociales a las que parecía estar acostumbrada, quizás para llevarle la contraria a su acompañante de aquella ocasión.

—Por favor, pasen ustedes, acérquense a la mesa —dijo Jane.

—Gracias por su invitación a esta reunión tan intelectual —señaló como respuesta Mary Ann Evans.

—Sí. Muchas gracias por invitarme —afirmó Emily, que seguía nerviosa.

—El privilegio es mío. ¿Conocen a la Sra. Radcliffe? —preguntó Jane.

—Buenas tardes —dijo Emily.

—Es un privilegio —respondió Mary Ann.

—Encantada de conocerlas. ¿Qué tal el viaje? —se interesó la Sra. Radcliffe.

Elizabeth Barrett Browning fue la que llegó más tarde. Un carruaje la dejó en la puerta de la rectoría de donde de forma disimulada, como había hecho con las tres mujeres anteriores, salió Cassandra, la hermana de Jane, de la nada para conducirla hasta la mesa del té. Su presencia imponía. Vestía un traje clásico de color granate oscuro muy sencillo, pero que le daba un corte majestuoso. Despedía un sentido exótico y parecía una princesa egipcia muy delgada, con una sonrisa irónica en su rostro, quizás algo suficiente y un abanico en la mano. El traje tapaba todo su cuerpo y al llegar al cuello aparecían unos encajes que hacían juego con las puñetas que llevaba al final de sus mangas largas. Llevaba el pelo liso por arriba con una raya en medio de la cabeza y por los dos lados caía hasta los hombros caracolando, lo que le daba cierto aspecto de traviesa, y aun de malvada. Llevaba un echarpe negro al estilo de mantón con algunas borlas de lana del mismo color. Elizabeth era altiva y su espalda no podía estar más recta.

—Perdonen mi retraso. Nos hemos perdido al llegar a Steventon y no encontramos a nadie para preguntarle donde estaba la rectoría —dijo como presentación.

—Está usted perdonada. No es fácil llegar aquí. Nos alegra que haya podido llegar. Le presento a la Sra. Radcliffe, a las Srtas. Brontë y Evans —dijo Jane puesta de pie y señalando la silla para que se sentase.

—Encantada de conocerlas y de poder compartir un tiempo con ustedes. Debemos recuperar los momentos que les he hecho perder y preguntarles directamente por algo que me interesa muy personalmente. Esto es ¿por qué escriben? —inquirió Elizabeth entrando de lleno en el grupo.

Jane comenzó a servir el té y a traer las bandejas con todos los requisitos de una ceremonia como aquella. Todas dijeron que las piezas para el té eran muy hermosas y hablaron un poco de las tazas y fuentes tan claramente de una vajilla china y costosa. Además, se refirieron a la plata como el metal más dotado para aquellas ceremonias de jardín y de charla. Parecía el metal de la inspiración, señaló Emily, idea que atrajo la atención de Elizabeth que parecía muy despejada en todo lo que se hacía y preguntaba.

—¿Podría comenzar a hablar la más joven, en este caso Emily Jane? — sugirió la Sra. Radcliffe con una sonrisa de madre.

—Por varias razones, me imagino. La primera que se me ocurre es que he escrito para meterme dentro del territorio al que pertenezco en el que todo es abrupto y bastante salvaje. Los páramos me han rodeado siempre y las colinas rocosas me han llenado el alma de sentimientos que debo manifestar a través de mi escritura. Mi entorno es rico en vegetación y agua, además del viento que trae las historias para ser narradas y que solo hay que oírlo para ser consciente de sus contenidos. Además, en la edad en que comencé a escribir mi única novela, como saben titulada *Cumbres Borrascosas*, la clase media se abría camino en nuestra región del Yorkshire y se hacía ávida de entretenimiento y la lectura era una de las principales animaciones. Además, mi padre, de origen irlandés, de familia humilde y el mayor de diez hermanos, fue enviado a la Universidad de Cambridge para que allí estudiase. Entró en la Iglesia como pastor en 1806 después de obtener su licenciatura y se estableció en Essex, y algo más tarde en Yorkshire. Esto me ha afectado en el sentido de que en mi casa siempre ha habido una preocupación intelectual y libros para leer. Y, aunque no las conocí, el nacimiento y fallecimiento de mis dos hermanas mayores, María y Elizabeth, me sensibilizaron al oír sus historias de boca de mis padres. Por todo ello, parece que, en mi caso, escribir es una

necesidad vital debida a mi entorno físico, intelectual y psicológico —aseguró con energía Emily Jane.

—Creo que ha sido una exposición muy inspirada. Ese paisaje que la rodea debe ser muy espiritual, dado que en usted domina el espíritu —señaló la Sra. Radcliffe.

—Ahora, debería ser usted, Sra. Radcliffe la que nos dijese las razones que le impulsan a escribir —dijo Emily Jane, muy atrevida.

—Me parece bien. Usted lo merece. Mi nombre completo es Ann Ward Oates y soy londinense. Lo digo porque se me ha reprochado siempre que llevo una vida oculta, que nadie me conoce y que soy misteriosa. Tampoco he estado loca nunca y ningún personaje de mi obra me ha hecho enloquecer o sentirme mal de la cabeza. Quizás me haya marcado que mi madre era once años mayor que mi padre y eso lo noté desde el principio de mi consciencia. Mi familia era burguesa y de comerciantes con cierta posición, por lo que no puedo decir que me faltase algo que pudiese anhelar. Además, en mi familia tengo antepasados directos que han sido médicos. Estos dos ingredientes, el comercio y la medicina me han dejado algo de poso. Más aún, en mis antepasados se celebraron bastante las ideas de las libertades civiles y religiosas. En mi contra tengo el traslado de mi familia a Bath debido a los problemas económicos de mi padre. Desde aquí me enviaron, tenía yo sobre los siete años, a la casa del tío Bentley en Londres. Al ser hija única no debió sentarme muy bien la separación de mis padres, dado que recuerdo soledades largas y muy continuadas sin explicar, que me metieron en la cabeza ese miedo que parecen tener mis personajes. Por eso, mis razones para escribir, quizás de forma inconsciente, se asientan en el miedo que me daba estar sola y sin mis padres en casa de un tío que no conocía demasiado y al que no me unía nada —afirmó la Sra. Radcliffe.

—Parece muy interesante —confirmó Jane. —¿Se acuerda usted de Bath? —preguntó la anfitriona.

—No. No demasiado, ya que estuve poco tiempo y era muy pequeña —contestó la Sra. Radcliffe.

—Pero, dejemos que hablen todas nuestras amigas. ¿Desea continuar usted, Elizabeth? —inquirió con una sonrisa la Sra. Radcliffe dirigiéndose a una Elizabeth Barrett Browning muy estirada en su silla.

—Claro. Parece que nuestros nombres tienen que ver con nuestro quehacer como autoras. Por eso, les diré que mi nombre es Elizabeth Barrett Moulton-Barrett, aunque en familia todo el mundo me conoce por Ba. Yo siempre deseé que me llamasen Elizabeth Barrett Barrett. Tengo los ojos grises como algunos gatos y un temperamento que puede medirse con el de mi padre, que como pueden suponer, amigas mías, era muy impetuoso. He dominado a mis hermanos y siempre he vivido en una mansión, la primera, a la que llamábamos Hope End en Herefordshire, también cerca de Bath entre otras localidades. Parece que Bath ha tenido que ver, de momento, con tres de nosotras —señaló con una sonrisa encantadora Elizabeth.

Elizabeth se sabía guapa. Además de sus ojos grises, tenía el pelo muy negro, la boca grande, la barbilla levantada en señal de su clase social alta y la frente ancha y despejada de persona inteligente. Estaba radiante con su vestido y de sorbo a sorbo, una vez dejada la taza de té, se abanicaba sin venir a cuento con un abanico de color blanco y trazos rojos y azules, muy discretos.

—Creo que mi inspiración me viene de los cambios que en la mansión de la familia se realizaron en toda mi niñez y juventud temprana. Mi padre modificaba la forma de la casona hasta que llegó a un estilo realmente exótico, quizás de influencia turca, muy a la moda de la Regencia, con minaretes, cúpulas de cristal, balaustradas de un bronce que se limpiaba a menudo, muebles de caoba, varios jardines, un estanque y hasta una cascada, todo ello, si todo ello, y aquí está mi inspiración literaria, producto del dinero obtenido en el comercio de esclavos de la plantación de mi familia en Cinnamon Hill en Jamaica. Y aunque tuve una infancia de niña muy rica, montando en pony por los campos de Hope End, me dediqué mucho a leer poesía y novela y hasta aprendí latín y griego; viajé hasta París en donde permanecí un mes. Mi fuerza para escribir, ahora lo sé, está en la contradicción entre una familia y niñez muy felices debido al dinero del comercio de esclavos y mi intención de conocer, leer y aprender sobre el mundo. Es decir, la historia de mi abuelo, dueño de esclavos, se rompe en contra de mi educación y mi capacidad para pensar y recapacitar sobre el ser humano y sus cosas —confirmó Elizabeth sin dejar de mirar, una por una, a sus compañeras de mesa.

—No está nada mal lo que dice. Es decir, me parece muy convincente y meritorio en su caso, al hacerse consciente de quién era usted y de dónde procedía —dijo Jane.

—Ahora le toca a usted, Mary Ann —señaló Jane.

—Yo he tenido muchos nombres. Me gusta esto. Me llamo realmente Mary Ann Evans. Pero en el mundo literario me conocen por George Eliot, Marian Cross, Marian Lewens y Marian Evans. Vengo de una familia de clase media, como casi todas nosotras; salvo nuestra querida Elizabeth; de los Midlands, en realidad de South Farm, Arbury en Warwickshire. Me crié en Arbury que es un sitio en donde aparecía como una niña pensativa, taciturna, tímida y sensible que, además, tenía el pelo castaño claro, casi pelirrojo, que me hacía caer simpática a mi hermana Chrissey y mi hermano Isaac, a los que adoraba. Mi padre me llevaba a ver las propiedades y terrenos, era administrador de fincas, de la zona en donde me enamoré del paisaje y de las tierras bien cultivadas. Tenía una gran sensibilidad, quizás aún la conservo, por los entornos civilizados, sobre todo si son verdes oscuros y se encuentran muy bien cultivados. Mi padre y la campiña tuvieron un gran impacto en mí. Mis hermanos me dan mucho que pensar y por eso, quizás en mi caso, la campiña inglesa y la familia son dos dispositivos grandes que hacen que mi máquina creativa pueda llevar a la práctica mi ilusión por escribir— aseguró Mary Ann.

—Y, ahora queda usted, Srta. Austen —dijo con una sonrisa Mary Ann.

—Claro el ser la anfitriona, y estar encantada por ello, no me deja fuera de nuestra conversación. Mi familia ha sido numerosa, nada menos que ocho hermanos, dos mujeres y los demás hombres. Mi hermano George nació con problemas mentales y de atraso y Edward, otro de mis hermanos, fue adoptado por una parte de mi familia, la de apellido Knight, viviendo con ella. Mi padre un reverendo, como suponen por esta rectoría y mi madre una Leigh descendiente del Lord Mayor de Londres y de padre también reverendo. Todo esto ha dado a mi familia un sentido común bastante intenso y una racionalidad comprensible ante la vida por los sucesos que hemos pasado y las venturas y desventuras de una familia numerosa que tiene que luchar por la vida. Además, la posibilidad de poseer una biblioteca como la que tenemos, la idea de una educación en la familia y el que mi

padre tuviese que dar clases a algunos alumnos en la rectoría, me ha hecho pensar en buscarme un trabajo para poder vivir. Y, como escribir parece que es lo que anhelo y necesito, me he dedicado a ello, reflejando lo que a mi alrededor ocurre, algo que he comenzado a hacer con el sentido común en el que me he educado.

—Realmente interesante. Todas tenemos algo en común. Es decir, la consciencia de que nuestra educación nos ha influido en nuestra creación literaria y en la forma de ver lo que escribimos. Nuestra inspiración es natural y sale de nosotras como el agua sale de una cañería, de forma natural —dijo la Sra. Radcliffe.

—Sí, esto es cierto, pero cuidado con mojarse mucho al acercarnos al chorro o al manantial de agua. Uno debe separarse de lo que escribe haciendo que la justicia lo empape todo y no que moje nuestras manos o las mangas de nuestro mejor vestido —señaló un tanto misteriosa Elizabeth Barrett.

—¿Qué quiere decir con eso, Srta. Barrett? —preguntó Emily Jane Brontë, que pareció muy interesada.

—Lo que deseo decir es que por encima de nuestra primera vocación literaria se encuentra el deseo intelectual que creo tenemos las mujeres que rodean esta mesa. Que nuestra vocación como escritoras va más allá de la contemplación de nuestros primeros anhelos de ser autoras. Por eso, debo señalar que no recibí una educación formal o convencional como mujer, que en mi caso, lo más importante sería aprender a coser y bordar, sino que aprendí italiano, griego clásico y hebreo, y leí lo que me dio la gana, desde la poesía de Lord Byron, hasta las novelas de Madame Staël. Mi madre fue la que me enseñó a leer y escribir casi a escondidas y con ella aprendí francés. Y, siempre fui mejor que mi hermano Bro en latín y griego, dicho esto por mi tutor Daniel a mi padre, que me había dejado ir a las clases con mi hermano. Y esto hasta los trece años, edad en la que ya supe lo que quería hacer en mi vida, aunque tuviese que reponerme de la idea de que mi padre no me dejase ir a la escuela con mi hermano y me pusiese una institutriz en mi casa. La Sra. Orne era buena persona pero no me valía como maestra. Esto me llevó a separarme de mi padre y a darme cuenta de que tampoco podía contar con mi madre y eso, en la adolescencia, te hace doblemente sensible— afirmó Elizabeth con un tono de voz algo distante como quien recuerda una acción ya pasada, pero que ha dejado un poso en tu corazón que aún se siente agredido.

—¿Un poco de té, Elizabeth? —preguntó Jane con una sonrisa y para calmar el espíritu de la Srta. Barrett.

—Si he de ser sincera, creo que superada la parte más esencial de nuestras vida, es decir, la fuente inicial de nuestra vocación como autoras, es verdad que hay asuntos familiares y de nuestras vidas que pienso han influido en mi hacer literario. Y, les diré que he sido siempre orgullosa y fuerte; que me parecía a mi padre en mi firmeza y que hasta físicamente me he parecido a él en altura y fuerza. Pero, he resentido que solamente a la muerte de mi hermana María, nuestra hermana mayor, mi padre haya puesto su atención en mí para decirme casi todo el tiempo que mi hermana fallecida era la más inteligente de la familia. Mi hermana muere tuberculosa y nada se puede hacer. Mi hermano Branwell no llena las expectativas de mi padre y mi progenitor vuelve sus ojos hacia mí. Tanto es así que hasta mi padre me enseña a disparar, a llevar la casa, y a fijarme en todo lo que me rodeaba hasta que se convirtió en una enfermedad de los páramos, en una soledad llena de ausencias cada vez más necesitadas y que me producían una especie de muerte espiritual, al menos, temporal— afirmó Elizabeth muy seria.

—Estamos en un momento de sinceridad que rebusca explicaciones para mostrar el motor que mueve nuestra inspiración como autoras. Yo casi puedo decir que mi relación con mi padre era la del mito de Electra. Mi relación con mi padre fue muy profunda. Nací cuando él tenía cuarenta y seis años y desde ese momento fui la niña de sus ojos. Mi progenitor estaba educado en los valores tradicionales del siglo anterior, aunque a mí me dejó el nuevo siglo con todos sus cambios tan fascinantes. Mi hermano Isaac fue el compañero de juegos hasta que la escuela nos separó. Mi madre muere joven y debo cuidar de mi padre hasta que fallece. Es el momento en el que, sin ataduras, mis hermanos se han ido de casa y casado, comienzo a vivir en Londres de forma independiente. Tengo una relación con un hombre casado y mi familia me abandona, despreciándome, y tratando de eliminar todas las raíces que con mi familia tengo. Esto me llevará a escribir, de aquí que crea en la trascendencia de la vida ya adulta. Esto es lo que narramos en la novela *El molino del Floss* —corroboró algo sería Mary Anne Evans.

—Es decir, ¿usted también cree que la vida, aun de joven y al iniciarse el verdadero contacto con el mundo, nos ha moldeado para escribir? —preguntó la Sra. Radcliffe.

—Sí, lo creo, Sra. Radcliffe. Me imagino que además, usted también tendrá algo que decir sobre el tema —señaló Mary Anne.

—Asiento con todo lo que han señalado hasta ahora. Les diré que a mí me han fascinado algunos de los lugares que he utilizado en mis descripciones. Pero, este contexto de alguna forma me ha llevado a la idea de la alegoría política y al romance culto para explorar los recovecos de la moralidad, y de alguna manera, apoyar el mantenimiento de la estabilidad doméstica que parece quebrarse, como lo está haciendo, aún de forma muy leve, la paz y la seguridad actuales —dijo la Sra. Radcliffe.

—Les diré, perdonenme que me atreva a entrar en la conversación, faltando casi a mis deberes de anfitriona que deben ser los de observar y no participar, pero no lo puedo remediar —observó Jane con una sonrisa encantadora—, provenimos de un gran proceso creativo dentro del cual aprendimos, al menos yo misma, a introducirnos en un diálogo ingenioso, en una relación entre una heroína y un hombre joven enigmático, capaz de sacrificarse, pero sin alcanzar nunca el romper la dignidad y el orgullo. Es decir, hablo de mi caso, nunca he favorecido las formas góticas de escritura, excepto cuando estas rozan el humor y lo ridículo —aseveró Jane.

—Me parece muy bien lo que dicen, pero ya hemos llegado a la siguiente pregunta, ¿qué es lo que escriben? Y necesitamos un orden como antes, para poder llegar a conclusiones —afirmó con mucha convicción y dándole con fuerza al abanico, Elizabeth Barrett.

Jane se había levantado para servir más té, pero su hermana Cassandra se encontraba al tanto de todo, apoyada en la puerta que daba entrada al jardín de atrás de la rectoría —no quería sentarse en un círculo al que no pertenecía— y con la mano le mandó permanecer en su sitio para que siguiese la conversación con normalidad y ella pudiese servir el té de una manera muy sigilosa, sin hacer comentario alguno a las gracias que recibía de las escritoras.

—¿Querría usted comenzar a contarnos qué es lo que escribe? —preguntó con suma amabilidad Mary Anne Evans.

—Claro. Yo escribo teatro desde los nueve años. Pueden creerme, en francés y en nuestro idioma. A los once años comencé a escribir *La batalla de Maratón* que se

publicará en 1820 y que dedico, pese a todo, a mi padre. En los inicios de mi poesía imité a Homero, a Pope y a Byron. Y en el año 1823 comenzará a escribir *Un ensayo de la mente* para que vean lo que a mí me interesa dentro de la literatura. Debo señalar que no me agradan nada las tareas domésticas y mis hermanos me han dicho, con insistencia, que soy nefasta en el cuidado de la casa. Lo que deseo es estudiar y llegar al saber enciclopédico sobre todo en la métrica clásica, los textos griegos a los que adoro, qué cultura tan rica, y para combatir mi agorafobia que me carcome el espíritu. He escrito poemas políticos sobre Italia, y unos sonetos de amor titulados *Sonetos del portugués* que he elaborado en secreto sobre mi noviazgo con mi marido Robert. Ahora me encuentro en esa etapa en la que una se entretiene con el mundo espiritual, con lo oculto, y sobre un país como Italia en donde he vivido partes importantes de mi vida— confesó Elizabeth con una voz interior que le salía suave y muy nítida.

—Y usted, Emily Jane, ¿qué es lo que escribe? —preguntó muy seca la misma Elizabeth.

—Mi vocación literaria es casi hereditaria. No soy una mujer culta, como usted, Sra. Barrett, pero soy joven y tengo esperanzas de ser una buena escritora. Nuestro padre nos forjó en la lectura, al mismo tiempo que nos empujaba a escribir. A mí me inspiró la distancia entre el ser niño y el mundo adulto, por lo que, mis hermanos y yo creamos un mundo paralelo en la niñez. De aquí que el paso a ser mayor ha sido considerado por nosotros cuatro como la verdadera pérdida del Paraíso. En lo que escribo ha influido el paisaje de Haworth que me ha rodeado y que nos ha inspirado a los cuatro hermanos para crear *Great Glass Town*. En esta ciudad de cristal es en donde el duque de Wellington y sus acompañantes poetas, soldados y artistas recibieron los nombres versionados de mis dos hermanas, mi hermano y yo misma. Se los menciono para que vean cómo era aquella imaginación: Talii, Branii, Emmii y Anneii en la que se fue incorporando el reino de Gondal. Este reino concentraba mis inquietudes literarias: el norte, la tierra de los pantanos y las fuerzas de la naturaleza en las que sobresalen las nieblas y los vientos. Las apariencias del bien y del mal se reflejan por doquier en un mundo elegiaco, en donde las heroínas luchan con coraje por la independencia individual. Es un reino femenino que se manifiesta en *Cumbres Borrascosas* aunque aquí el amor puede resultar un elemento destructor del ser humano —afirmó Emily Jane.

—Le toca a usted, Mary Ann —dijo Emily Jane con una sonrisa.

—Claro, encantada. Mi vocación literaria es intelectual. He leído al mundo clásico y a muchos autores alemanes. Desde los nueve años estoy expuesta al mundo científico que me ha influido en mi concepción filosófica y religiosa del mundo y sus cosas. En mi obra hay algo de determinismo que viene dado por una concepción del cerebro humano que cree que en él todo se separa en compartimentos en los que se producen las facultades mentales. Viajé hasta Alemania y ayudé a investigar sobre el poeta Goethe. Conocí al compositor Liszt y a su mujer, una princesa rusa muy impactante. Cuento esto porque mientras lo pasaba bien, en Londres me ponían de color azul como decimos en nuestro idioma inglés, es decir, de sucia, por la envidia y por haber roto los moldes de una sociedad de conveniencia y muy amoral, aunque pretendía lo contrario. Esto lo plasmo en mi novela *El molino en el Floss*. En mi vida intelectual he sido influida por la ética de Espinosa, por la poesía de Goethe y por el mismo Feuerbach y su filosofía. Siempre he estado en contra de los falsos conceptos de la sociedad y esto se ha notado en toda mi obra literaria —señaló Mary Ann.

Mary Ann Evans no era una minimalista condenada a escribir sobre la vida doméstica y la familia. Gustaba de la filosofía, la religión, la economía, la política y el colonialismo. Se interesó por el empirismo científico y por saber que para explicar el mundo había que darse cuenta de la descripción externa asentada en la experiencia. Pero esto pasaba en casi todas las autoras que se sentaban en aquel jardín. Quizás se podría salvar Emily y la Sra. Radcliffe. La una por su educación literaria contextualizada en el paisaje de los Moors, y la segunda por su inclinación a explicar el mal y al villano que lo representa en su obra gótica. Pero, la mayoría del grupo pensaba que John Locke tenía razón cuando decía que el conocimiento proviene de los sentidos, y que para entender al mundo hay que viajar, ver y sentirlo, dándose cuenta que es pintoresco, estético, cultural, acomodado o revolucionado y pleno de un paisaje en el que, por ejemplo, la Sra. Radcliffe había encontrado un espejo para que sus personajes se mirasen hacia dentro.

—¿Y usted, Sra. Radcliffe? ¿Qué escribe? —inquirió Mary Ann.

—Comencé a escribir una vez casada. Fue una actividad consciente que elegí, aunque siempre había disfrutado de la lectura. Quizás las largas ausencias de mi esposo precipitaron mi vocación. Comencé con cuentos entretenidos, aunque siempre me incliné por el terror al que imaginaba como algo natural. Escribí *Un romance siciliano* que se llevó al teatro. Más tarde y de forma anónima fue publicada *El romance del bosque* que también fue llevada a escena en el Covent Garden en 1794. Pero, realmente lo que me gustó de verdad fue la publicación de *Los misterios de Udolfo* que es considerada una novela gótica y reflejo de mi concepción de la literatura. Esto es, contestando a la pregunta que nos hemos hecho, escribo porque mi imaginación me obliga a hacerlo. La imaginación está por encima de los hechos históricos. Lo mismo que el misterio que me rodea, que es buscado con propósito y que atañe a lo sobrenatural que aparece en mi obra. Me gusta el pasado, la exploración de lo irracional y la presencia de elementos legendarios y míticos en todo lo que hago. Es decir, escribo para ver el lado más misterioso, supersticioso de la vida, dentro de un mundo histórico lleno de máquinas que nos van a arrollar algún día. Soy como una hechicera que escribe con una buena imaginación — señaló la Sra. Radcliffe, un poco acalorada y bebiendo a sorbitos de su taza.

—Falta usted, Jane —afirmó la Sra. Radcliffe.

—Sí. Pero, ¿desean otra taza de té o alguna pasta más? Por favor, sírvanse si les falta algo o levanten la mano que Cassandra les servirá, con sumo gusto —afirmó Jane.

—Escribo realmente desde los veintiún años, aunque lo hago desde pequeña como juego familiar. La ciudad de Bath, en la que nunca me encontré muy a gusto, me precipitó a escribir sobre jóvenes solteras sin dinero que persiguen el matrimonio para salir de una situación difícil tanto social como económicamente. Escribí sobre coquetas aventureras que maltratan a sus hijas y explotan su propia belleza en intrigas amorosas, aunque dejé esa forma de comunicarme por otra más seria, es decir, sobre la situación de la Inglaterra actual, la de la Regencia, en el que hay una clara oposición entre los principios morales y religiosos y la búsqueda del placer. Por eso, me enfrento a la corrupción con heroínas que no son nunca insípidas. Esto lo vio Walter Scott cuando comparó mi obra con la escuela de pintura flamenca por mi precisión y el tacto dibujando a los personajes y sus situaciones. Sin presunción, que a todos los humanos nos gusta que nos alaben,

les diré que escribo para encontrarme con el comportamiento social de este país que se haya regido por las maneras, por las formas, que muestran la conciencia del ser humano, la existencia de unos rituales ceremoniales que deben asignar la función que cada uno de nosotros debe realizar para que el mundo siga y el individuo ocupe su lugar en él — confirmó Jane.

—Muy agudo —señaló Elizabeth. —¿Podría tomar otra taza de té? —preguntó la Sra. Barrett Browning.

Jane Austen hablaba de su experiencia en la novela *Orgullo y prejuicio* cuando Darcy con toda su planta física muy varonil y sus renta anual cuantiosa, que se acercaba mucho a las diez mil libras esterlinas anuales, no sobrepasa la barrera de las buenas impresiones debido a sus maneras que resultan bastante pobres y poco adecuadas. De eso se da cuenta la autora, aunque de alguna manera lo justifica debido a su falta de disposición, es decir, a que era bastante natural que el hombre poderoso tuviese maneras rudas y muy naturales, que lo acercasen a una concepción poco ilustrada y muy varonil de la convivencia social. Era una especie de derecho del señor que, aunque no recordaba al derecho de pernada, o al de no saber escribir por ser de noble cuna, lo acercaba hasta casi rozar esa historia pasada. Y, además, aunque no era su caso, la mujer debería tener una actitud tímida ante tanta demostración de poder. «Pero, esto no lo voy a decir», pensó Jane, levantándose para servir agua a la tetera y volver a meter té en ella, enseñándolo a través de un colador de té de bambú chino usado debido a que dentro de él no se altera el sabor.

El té que servían en casa de los Austen, sobre todo cuando había invitados, era el keemun chino, de la provincia de Anhui. Era un té verde que por un error se convertiría en té negro a mediados del siglo XIX. El fallo fue debido a que un oficial chino había acuartelado a sus soldados en una fábrica de té. Para ello, había echado a los trabajadores de la fábrica, ocupándola con sus soldados. Solamente fue una noche, pero los trabajadores de la fábrica se dieron cuenta de que el té verde, al no ser tostado, se había vuelto negro. Desde ese momento, el té keemun fue procesado como té negro al que se le puso el nombre de «fuego impetuoso».

Impetuoso no era una palabra que gustase a Jane, aunque le había hecho pensar en lo que pensarían los hombres arrogantes de las mujeres. En principio, no mucho, ni cosas buenas. A la mujer se la entendía como un ser psicológico que necesita respaldo. Como un ser humano obligado por su tiempo a encontrarse, casi siempre, en la duda, la aprensión, la ansiedad, mientras que el varón parecía impulsarse con la fuerza que otorgaba la seguridad económica y social. De aquí que la mujer debía estar subordinada, aunque fuese capaz de ser elegida por sus virtudes, pero sin poseer la posibilidad de elegir dentro de un espacio que no tuviese que ver con el hogar, lo doméstico y lo seguro.

Pero, en el caso de Jane Austen sus personajes femeninos respondían de manera ingeniosa e irónica a esta situación. Por eso, parece que sus heroínas no saben qué contestar a la actitud de fuerza del varón, ya que tal actitud levantisca, supondría la soltería. De todas formas, la mujer debería conocer las formas de entretener y de flirtear. Esto es, la mujer, pese a como es tratada, evoca fantasía y cierta ensoñación racional apegada a la realidad.

En el grupo de escritoras se había desinhibido la imaginación trascendiendo a la oficialidad y a la norma de la novela, aun del teatro y de la poesía. Se habían mezclado los cuentos de aventuras algo salvajes con el romance racional y a la

ficción de caballerías con héroes un tanto brutos y poco cuidadosos en el trato con las excelencias de la joven cuidadosa y sencilla. Pero, el caballero dieciochesco había dado paso al villano, y la mujer muy centrada en el hogar, a la mujer creativa que traspasaba el orden de la vida cotidiana. El hombre trataba con crueldad a la mujer, tanto en la vida real como en la ficción. De alguna forma, se había impuesto el caballero gótico arrogante y algo romántico, ahora convertido en un villano en cuanto a esa perversión que tiene ante la mujer, que parece quererlo para poder cambiarlo como ser humano y hacer del hombre malvado un ser humano normal, y si ustedes quieren, hasta bueno. Se estaba creando la figura de un hombre sexy, de maneras aristocráticas, con un gran carisma, implacable y temperamental, de generosidad feudal, bastante cínico, pero dispuesto a la discusión en conversaciones muy competitivas entre hombres.

—He visto que hay una sala-biblioteca en la planta baja de su casa —señaló Emily.

—Es cierto. Quizás después y antes de que abandonen la rectoría podríamos verla —respondió Jane.

—Con mucho gusto. Pero a mí me gustaría que ahora nos contase cuál es la historia de su biblioteca —afirmó Mary Ann.

—Otra vez, encantada, aunque no sé si es interesante para todas —inquirió Jane.

—No se preocupe. Usted cuéntenoslo —confirmó la escritora de los muchos pseudónimos.

—Se puede hablar del siglo XVIII como de un momento especial para la entrada de libros y cuadros en muchas casas acomodadas. Ya sé que una rectoría no lo es, siempre dependerá de la actividad de su rector y familia, pero en nuestro caso mi padre, sobre todo, y la familia que antes pasó por aquí, procuraron hacerse con una biblioteca, apartándose de lo vistoso de la pintura. No digo yo que la literatura sea más importante que la pintura, pero para los dos últimos rectores de este lugar, sí lo fue. Detrás de la adquisición de estos libros surge la idea del sentido común del hombre de la casa como conocedor del mundo y de sus enseñanzas. Estas se encuentran explicadas en libros que son comprados por hombres de la iglesia, por abogados, mercaderes y hasta por granjeros pudientes que tratan de llenar su salón con unos cuantos libros. En el caso de mi padre, su visión fue la de comprar libros para que sus hijos los leyesen, para estudiar letras y para que supiésemos hablar con cierta riqueza léxica que eleva a la persona a un nivel agradable, elegante y habilidoso. Creo que el vocabulario amplio bien utilizado es signo de cultura y de comunicación —aseveró Jane. —Pero, por favor, dejaré de hablar para poder atenderles como anfitriona. No me engañen más con sus preguntas, por favor —dijo con una sonrisa Jane.

—Me gustaría hacer una referencia a las casas en las que he vivido y en las locuras que en ellas trató de hacer mi padre— señaló Elizabeth Barrett.

—Nos encantaría —dijo Emily Jane sonriendo y encantada de estar allí con gente tan culta y aristocrática.

—Yo he sentido la mística de la tierra y de las casas en las que he vivido. El jardín lleno de árboles exóticos y de lugares marcados por mesas para el té, repartidas entre los mejores rincones del jardín, algunas aún cubiertas por manteles de puntillas de Bruselas y de teteras de plata, algunas tumbadas encima del mantel a causa de alguna ráfaga de viento, o del aburrimiento de no soportar dejar de servir

el té. Las fachadas de las casas, recuerdo tres, tratando de mostrar ciertas virtudes que se plasmaban en imágenes plenas de deseos escondidos y, pienso yo, muy poco racionales. Las casas semejabán por un lado fortificaciones y, por el otro, el mundo gótico alzado hacia el cielo del cristianismo, lleno de principios que se plasmaban en su propia arquitectura. Por dentro de la casa, el progreso aparecía en salones antiguos, llenos de sirvientes parados y firmes que ni me sonreían al pasar de habitación en habitación. Me acuerdo de la última casa en la que estuve en familia, de su gran invernadero, con jardines diseñados por la familia Talbot de grandes jardineros y en donde se habían construido un baño romano y un templo chino, además de grandes lápidas en donde, supongo que referido a mi abuelo o a mi padre, se decía «Él ha hecho reír al desierto» —señaló Elizabeth con una mirada ida y una sonrisa triste.

—¿Cómo era su último jardín? —pregunto con voz ingenua Emily Jane, que parecía sentir una fuerza de atracción especial hacia Elizabeth.

—Le diré. Desde la formalidad renacentista pasó a ser un lugar mucho más natural. En este tipo de jardín se mezclaban las vistas con los templos y las estatuas y otros ornamentos clásicos a los que se oponían pequeños prados de hierba muy bien cortada. Ha de saber Emily, que teníamos tres jardineros. Había dos estanques rectangulares en donde mi hermano y yo jugábamos con las ranas. El jardín era muy abierto, y se acercaba a la casa sin problemas. No era pues un refugio, sino que resultaba una parte de la gran casona. Eso sí, era un jardín con paisaje, lleno de colores verdes en todas sus tonalidades y marrón tierra mojada y oscura. La nuestra era de las pocas casas solariegas del entorno, ya que las otras eran granjas de la aristocracia campesina, pero granjas llenas de caballos y de ganado de todo tipo. Las flores del jardín variaban según el lugar en donde se encontrasen, si la estructura de aquel sitio era romántica las flores también lo parecían; si el área era exótica, las flores también lo eran. En la zona romántica aparecían las rosas rojas y naranjas de la pasión; las rosas de color rosa de la felicidad o las blancas de la pureza. Las orquídeas con la leyenda de la diosa del delicado chal que cuando deja el jardín tal prenda se transforma en orquídea; el tulipán que surge de las gotas de sangre del joven persa enamorado de su doncella Shirin, y los claveles, flor romántica elegida ya en el mundo clásico por los griegos. Y, además, mi padre había traído de su viajes la flor de jade, muy rara, enredadera de Filipinas que había alcanzado en varias columnas de uno de los templos una altura de 20 metros; la flor de palo, de color muy cercano al negro, a la que llaman por su forma, flor murciélago; la *drosera capensis* de Sudáfrica de un tono rojizo, muy suave y sensible y una flor que me gustaba, la orquídea fantasma de los bosques pantanosos que allí crecía al lado de los estanques de ranas, alegres por poder verla tan blanca y que provenía de Florida y Cuba, lugares exóticos que mi padre solía visitar —contó Elizabeth.

—Señoras deberían tomar estos sándwiches y pastas hechas por mi hermana y más té, antes de que la luz del día nos deje —señaló Jane, levantándose de la silla y ofreciendo bandejas por doquier.

—Gracias, es usted muy amable —dijo Elizabeth Barrett. —Si nos les importa y para acabar con mi impaciencia literaria me atrevería a formularles una última pregunta. ¿Me dejan? —inquirió la escritora más sofisticada. —¿Qué personaje de los que han creado les gusta más? ¿En qué carácter han puesto más amor al crearlo y por qué razones? —preguntó Elizabeth con una sonrisa maliciosa, ya que pen-

saba que armaría algo de desconcierto ante una pregunta no siempre pensada y elaborada por el artista.

—Magnífica pregunta. Soberbia —dijo Mary Ann Evans.

—Muy difícil de responder —aseguró Emily Jane, seria, con la taza en la mano y un poco cabizbaja.

—¿Quién quiere empezar? Esto es como un juego de adivinanzas pero en este caso sobre nuestra creación literaria de la que estamos tan orgullosas y sobre un personaje al que consciente o no consciente queremos más— señaló Elizabeth que era la que llevaba la voz cantante.

—Voy a comenzar yo, que para eso soy la mayor —aseveró la Sra. Radcliffe.

—¡Muy bien! —exclamó Emily Jane.

—A mí me ha interesado la experiencia, el fluir de la conciencia y el miedo irracional. Escribiendo soy subjetiva y conozco que lo que ocurre en la mente de mis protagonistas son restos que se deben a heridas psíquicas ya pasadas. Las relaciones familiares son muy importantes en la vida de una persona y en un momento de transformaciones sociales profundas hasta aparece el incesto y la violencia entre padres e hijos. Y, a esto he de añadir, la convivencia, mala convivencia, de las personas que muchas veces son desplazadas de su verdadero hogar y traspasadas a una segunda casa en donde el aislamiento y la soledad del niño o niña se hace constante y muy doloroso de llevar, aunque los familiares de acogida sean más ricos que sus padres y más dispuestos a socializar con el joven. Por eso, quizás influida por mis propias experiencias, mis personajes son prototípicos del movimiento literario gótico dentro del romanticismo que sufren la injusticia y la persecución, mientras que, por dentro, como seres humanos, son virtuosos ya que poseen el sentimiento, la imaginación y, sobre todo, la inocencia. Las heroínas son seres solitarios, que perciben de lejos la locura, aunque se mantienen fuertes, tratando de recuperar el equilibrio, de mantener la integridad, la sensibilidad y la pureza. Estas damas no pierden nunca su sombrero, pese a que las circunstancias sean adversas y peligrosas. Y, su fuerza va a provenir en parte de su afán de convertirse en artistas, al menos en escribir poesía, tocar el piano o cantar, además de dedicarse a la pintura y, aun al dibujo. Pero, he de decirles que los personajes que más me atraen son los masculinos, por el esfuerzo que he tenido que hacer para elaborarlos —señaló Mrs. Ann Radcliffe tomando un sorbo de té con el que parecía coger fuerzas para meterse a explicar a tales caracteres.

—Mis personajes masculinos son tiranos, aristócratas perversos, monjes asesinos, es decir resultan prototipos de la maldad, herederos de los mejores malvados literarios de épocas anteriores de los que se ha recogido toda la ambición, agresividad y sadismo que albergaban en sus corazones. Por eso de mi novela *Udolpho* recojo al siniestro Montoni como un personaje que fascina en su maldad. En él voy a experimentar la distinción entre la exaltación poética y visionaria a la maníaco depresiva y perturbada en una hoguera en la que se está quemando, en vez de madera y leña, la imaginación salvaje gótico romántica. Este es el mundo en el que viven mis personajes, de naturaleza fantástica, es un mundo de pesadilla lleno de edificios oscuros y fuerzas del más allá que construyen una realidad que aparece como verdadera —aseveró la escritora gótica.

—Pero, la novela que ha elegido usted, *Udolpho*, comienza en un entorno bucólico... —confirmó Jane Austen tratando de hacer una pregunta.

—Claro, ese paisaje cristalino cuyos personajes se entregan a la poesía y a la música se ve bruscamente interrumpido por la muerte de los padres de Emily, dejándola en la pobreza y a merced de perversos y ambiciosos. Todo cambia y hasta el castillo de Udolpho con su aspecto fantasmagórico y sus pasadizos llenos de tumbas y misterios que esconden maldiciones antiguas alimentan un clima claustrofóbico muy real y que manifiesta el sentir de mi prosa —repasó con cierta vehemencia la escritora londinense.

—Ha sido perfecto. Muchas gracias —dijo casi acalorada Elizabeth Barrett.

—Por favor, Emily Jane, ¿cuál es tu personaje favorito? —preguntó la misma Elizabeth que estaba haciendo de coordinadora del sentimiento literario de aquella mesa de té.

—Gracias, Elizabeth, ¿puedo llamarla así, verdad? Pero después de una exposición tan rica, no sé si estaré a la altura. Voy a intentarlo. En mi prosa trato de llevar a cabo una exploración psicológica de mis personajes, siempre tratando de relacionar la parte un poco oscura del pensamiento con los deseos inconscientes de los caracteres. Me he convertido en una especie de psicóloga que trata de ver como se construye la personalidad de un personaje. Por eso, a mí el personaje que más me ha costado redondear y penetrar es Heathcliff. De pequeño ha sido un niño abandonado, y hasta degradado por otros personajes. Su niñez llena de temor, resquemor e indignidades hacen que su idea vital sea única. Y esta es la venganza, perdidas ya las personas que podrían ayudarle a recobrar sus sentimientos. Llega al sadismo y a tratar de destruirse a sí mismo. Hay cierta tendencia a la aniquilación hasta física y moral del personaje; una obsesión por la culpabilidad y una necesidad de ser castigado. Es decir, hay un sentimiento de frustración que encamina al personaje a la única liberación posible que sería la muerte.

—Se parece usted a la Sra. Radcliffe aunque quizás es menos social que ella y más psicológica en el tratamiento de los personajes —señaló en voz alta, ya que lo estaba pensando, Mary Ann Evans.

—Pero, por favor, perdone mi interrupción. Siga, siga... —dijo la escritora de los muchos seudónimos.

—Heathcliff es un personaje frustrado que busca la consumación de su pasión amorosa, algo que le une a un paisaje en el que el páramo es la visión primera. Creo que en mi prosa el paisaje es otro elemento, otro personaje que a mí me impacta y que tiene que ver con el hacer y el decir de los personajes. Todo el entorno es hostil, la crueldad se extiende por doquier, el ambiente es enfermizo, se busca la venganza, no surge el apego entre los padres y los hijos, no hay fraternidad, y la muerte muestra un clima casi obsesivo de duelo y de hostilidad. El paisaje es sombrío, de severo carácter, una especie de infierno en el que las pasiones humanas se llevan al límite. Está claro que existe una relación entre el interior de los personajes y el mundo exterior. A través de las ventanas que surgen a lo largo de la novela *Cumbres Borrascosas* podemos darnos cuenta, podemos ver, lo que significan los sueños, criaturas que arañan los cristales de estas ventanas; la ventana como dividiendo a dos mundos opuestos en donde Catherine es bien atendida o a través de ella ve el fin del tiempo de su amada. La muchacha anhela que se abra la ventana para ver el mundo exterior y la libertad. Heathcliff la desea cerrada o abierta cuando entra por ella en una escena que parece provenir del mundo de la ultratumba. Creo que el personaje masculino, incluido el paisaje y sus relaciones nos indican mi preocupación en esta novela por la reclusión del ser humano y el

exilio. La concepción de la exclusión que produce una interiorización enorme de cada personaje que acaban en pasiones psicológicas muy individuales y obsesivas, debido, sobre todo, a la posibilidad de hacer un viaje hacia fuera, hacia el exterior, ya que este es visto como el abismo más peligroso— señaló Emily Jane, muy calmada y reflexiva.

—Estas confesiones necesitan mucho té. Por favor, déjeme, Jane, que les sirva yo ahora —señaló Mrs. Radcliffe, ya menos preocupada que antes, cuando comenzó a hablar.

—Por favor, está usted en su mesa y en su jardín —respondió con una sonrisa la anfitriona.

—¿Seguirá usted contando? —preguntó con una leve sonrisa Elizabeth mirando para Mary Ann Evans, a la que consideraba bastante intelectual y una mujer inteligente.

—¡Cómo no! —respondió Mary Ann. —Siempre he tratado de mezclar la inteligencia y el poder de la palabra hablada, al estilo de uno de mis personajes favoritos, no sé si el que más, ya que como saben tengo casi demasiados caracteres. Me refiero a Mr. Brooke, el tío de Dorothea que aparece en la novela *Middlemarch*. Y digo esto sabiendo que mis personajes femeninos se hallan siempre en el centro de la escena. De todas formas, si se han dado cuenta, casi todas mis novelas poseen títulos masculinos: *Adam Bede*, *Silas Marner*, *Felix Holt* o *Daniel Deronda*. Quizás, alguien un poco malvado podría pensar que me gustan los hombres. Yo les digo, queridas amigas, que eso es verdad. Mis personajes suelen poseer energía biológica y energía imaginativa. Surgen personajes negativos, como es el caso de Casaubon en *Middlemarch*, debido a su vanidad y a sus celos, peculiaridades que surgen como menos agresivas que las que aparecen en las novelas de Mrs. Radcliffe y Emily Jane. Con esto quiero decir que a mí me interesa la inteligencia en su sentido positivo, es decir, para hacer el bien en el mundo, como sería lo que desea Dorothea en *Middlemarch*. También me interesa lo científico como factor de cambio en el mundo y en contra del egoísmo humano. Importante para mí son los comportamientos sociales por lo que dirijo el diálogo entre mis personajes hacia la creación metafórica de una especie de documento histórico que nos enseñe lo que ocurría en ese contexto y época. Ese texto sería analizable y reflejaría el ser de la persona en esa época y los hechos sociológicos e históricos que en ese momento ocurrieron. Con esto señalo claramente que los personajes son importantes pero que a mí me interesa sobremanera el contexto, los entornos y los ámbitos en donde ocurren las historias y se manifiestan sus resultados. Es decir, me he alejado de la psicología social e individualizada de lo gótico para meterme en lo histórico y sociológico. Creo de verdad que esto nos separa como escritoras, aunque no me atrevería a decir nunca quien es la mejor de estas perspectivas— aseveró con una sonrisa encantadora, Mary Ann.

—Magnífica conclusión. Vemos que somos distintas escribiendo y esto debe complacernos, ya que cada una de nosotros es diferente, original y, espero, irrepetible —dijo con una gran sonrisa Elizabeth.

—Por cierto, creo que me toca a mí —se dijo a sí misma Elizabeth.

—Por supuesto —dijo Jane Austen mirando si alguien necesitaría más té.

—En mi caso algo cambia. No son los personajes lo que me ha importado, sino el ánimo que me ha hecho escribir poesía. Esto creo que se encuentra reflejado en *Sonetos del portugués* a la que considero mi obra más querida, nueva y pode-

rosa llena de categorías universales. El título de la colección recuerda al poeta portugués Camões del siglo XVI. Los sonetos son una constancia del amor privado que en la época victoriana no estaba bien visto. Yo soy la protagonista de mis poemas, alguien de ustedes pensará que «no faltaría más», pues sé que parezco presumida y petulante. Pero, no es verdad, solamente me hago justicia a mi misma, nací inteligente y eso, en el caso de una mujer, debe ser propagado, dado que así estamos diciendo que servimos más que para cuidar la casa y a los hijos. Esta inteligencia que siento que la poseo como un regalo, ha sido compensada con mi enfermedad desde los 15 años, que se ha dicho es psicósomática, pero que me ha imbuido en la agorafobia, de la que parece me he curado, en muchos de los miedos que aún tengo, los dolores de vientre y cierta adicción al láudano que ahora también parece he podido dejar. Les podría hablar del miedo a los murciélagos, para que Emily Jane se riese, ya que por su páramo de haber algunos —señaló con una sonrisa triste y mirando para la escritora de los Moors.

—Pero, sigamos. Siempre he querido recordar a mi voz literaria como lírica y femenina en todos mis deseos. De aquí que creo que he sido bastante innovadora, procurando alejarme del ámbito literario de lo patriarcal en una sociedad tan paternal como la victoriana. En mis escritos la mujer pasa los ritos de transición desde la niñez, generalmente una doncella florentina, hasta la llegada al matrimonio, algo que rechaza debido a su vocación de poeta, algo que la hace renunciar a vivir una vida como las de las demás mujeres en el matrimonio y el hogar. Todo ello me ha llevado a cierto escepticismo filosófico y a la creencia, así pienso en estos momentos de mi vida, de que tenemos que sacar de nosotros mismos nuestro mundo espiritual para acercarlo al mundo material para así poder buscar el equilibrio vital y evitar muchas enfermedades desconocidas para la sociedad actual —subrayó con bastante energía Elizabeth.

—Para terminar, les diré que mis personajes poseen un mundo psicológico dentro del cual son ellos mismos en donde deben mostrar todo el interior de la naturaleza humana que, pienso yo, es riquísima. Y entre estas facetas, se halla la de la pasión mística de la que hablan los visionarios. Y, dentro de ella, se encontrará la idea de la libertad individual y del pueblo en un país como Italia, por lo que escribí un poema revolucionario como Aurora Leigh en donde ataco al mundo patriarcal, y hablo de sentimientos por boca de personajes míticos, históricos y reales. Así, creo yo, haberme convertido en una escritora comprometida con la mujer y con el mundo actual —rubricó con orgullo y levantando el mentón la poetisa.

—Creo que es una explicación fascinante. Me ha gustado mucho, Elizabeth —señaló Mrs. Radcliffe.

—Muchas gracias. Son ustedes muy comprensivas —dijo Elizabeth levantándose para servirse té.

—Ahora falta nuestra anfitriona perfecta —aseveró la misma Elizabeth una vez que se hubo sentado.

—Claro, por supuesto. ¿Todo el mundo está servido? ¿Alguien quiere algo? —preguntó Jane, a la vez que se sentaba, ya que llevaba unos minutos sirviendo té.

—Mis personajes son reales aunque todos poseen un dibujo estético que he hecho antes de comenzar a escribir. Todos son producto de una mirada a través de una lente objetiva para verles su mundo físico y moral dentro de su contexto. En el personaje he tratado de distinguir entre la superficie y la moral: Esta unión

me ha dado pie para crear a unos personajes que se encuentran dentro de valores como la rudeza, el juego social e individual, la sorpresa, la intriga, lo incompleto, lo bello y, aun, lo sublime. Creo que son características de la persona que se encuentran dentro de una transformación social muy profunda en la que deben de improvisar para poder combatir a lo nuevo que llega lleno de máquinas y de lo que parece destrucción de lo de siempre. Aparecerá en mis caracteres la idea de pérdida de la imaginación aún recobrada en algunos momentos. Estamos en un mundo que se encuentra entre el abandono y la dejadez ante lo antiguo, lo que parecía eterno y el interés, cada vez más creciente, sobre la manera cómo se está creando un nuevo mundo. Por eso, mi personaje favorito es Elizabeth, la protagonista de mi novela *Orgullo y prejuicio*. Diré por qué. Elizabeth es el personaje que va dejando el tratar de cambiar los prejuicios que tiene sobre Darcy, trata de corregirse a sí misma, por cierta y nueva aprehensión hacia el mundo que se acerca, pleno de novedades. Es decir, de lo individual se pasa a lo social, dentro de un marco que parece un cuadro rupestre, con jardines románticos en donde la naturaleza nos otorga mucha emoción —aseveró Jane, mirando a su alrededor y al rostro de sus convidadas.

—Más aún, mis descripciones son visiones que trato de traspasar al lector, a través de la explicación de un personaje que, como el caso de Elizabeth Bennet, revela un sistema emocional limpio y transmisible. Ella posee otra sensibilidad que podríamos definir como elegante, independiente y activa. En la señorita Bennet aparece la idea del viaje, de la búsqueda que puede verse en su caminar por los regadíos y prados que persigue la curiosidad, la novedad y alejarse del aburrimiento —dijo Jane.

—Y me van a perdonar mi pretensión literaria, pero creo que en mis escritos veo al personaje de forma individualizada, dándole su propia idiosincrasia y apartándolo de los tipos de caracteres que circulan en nuestros días. Son personajes complejos, profundos, ingeniosos, sentido irónico del humor, muy vivaces e inteligentes. Y, si se fijan, surgen en las escenas siempre activos, paseando de varias maneras por la vida. Es verdad que la señorita Bennet se halla entre su sentido individual y su necesidad de adecuarse a la vida social del momento y a sus valores. Cuando esto no se consigue o el personaje se va a doblar ante alguna circunstancia, la autora, va a utilizar la parodia, la ironía y todos esos mecanismos del lenguaje que son utilizados cuando se quiere desmitificar un asunto. Llego así a la racionalidad y a la inteligencia que me separa de los otros seres humanos y, quizás, por eso, aún permanezco soltera y sin compromiso —señaló Jane con una sonrisa que sorprendió a todas las demás escritoras.

—Bueno, usted es muy joven para casarse —aseguró Mrs. Radcliffe.

—Seguro que no le faltan varones de bien para unirse a ellos —aseveró Mary Ann.

—No les haga caso a estas señoras. Usted está muy bien soltera. ¿Qué hombre podría competir con su inteligencia y su sensibilidad? Estoy segura que nadie —dijo sería Elizabeth.

—Gracias señoras. Son ustedes muy amables. Ya hemos hablado todas y espero que la tarde haya sido de su agrado y provecho.

Las primeras oscuridades del cielo llevaban aproximándose poco a poco al menos una hora. El tiempo no era real, ya que allí se sentaban escritoras de diferentes momentos, aunque muy cercanas en la historia. En aquel lugar el tiempo

atmosférico se había mezclado con el tiempo del reloj haciendo que la historia se uniese para poder hablar de Literatura en un jardín inglés, hecho para tomar el té y para contarse la vida a través de la creatividad escrita. Aquellas mujeres habían formado por una tarde un conjunto hermano para ofrecerse algo innovador y llegar a la historia de la Literatura unidas. No había entre ellas mujeres perdidas en siglos tan propicios para ello como el XVIII y XIX ingleses.

Los sonidos de dos carrozas se oyeron casi al mismo tiempo. En una muy amplia venía el marido de la señora Radcliffe que se ofreció a llevar a Elizabeth a donde ella tuviera que ir. Por otro lado, Mary Ann, cogiendo a Emily por el codo, le ayudó a subir a la carroza que había alquilado y que tenía que recogerlas a las siete y media de la tarde.

Tanto Jane como Cassandra se encontraban en la puerta de la rectoría saludando y despidiéndose de las cuatro escritoras, agradeciéndoles haber venido y haber hablado de aquella forma tan sincera y bella.

Las dos carrozas se alejaron de la rectoría, mientras las dos hermanas seguían saludando con la mano muy levantada. Una sensación de vacío se apoderó del momento y Jane pensó que la soledad se combatía con la escritura, aunque antes debería cenar algo. Parecía tener hambre.